

LA NOVELA ESPAÑOLA DEL SIGLO XIX, ECOS TRADICIONALES Y BURGUESES

M^a Ángeles Gutiérrez Martínez

Universidad de Murcia

Carmen Bernis en uno de sus artículos (Bernis, 1988,p.418 y ss.), apunta la idea del influjo extraordinario que ejercieron las modas burguesas en los trajes populares. No se incluye en esta reseña la diversidad regional de la indumentaria, tema que excede nuestro cometido, sino la traslación a las capas de la sociedad de algunos elementos que en su día pasaron a formar parte de la guardarropía del *cuarto estado*, parafraseando a Galdós. Jóvenes obreras, otras dedicadas al servicio doméstico o a la prostitución más o menos encubierta, campesinas... Se han seleccionado tres novelas representativas del siglo XIX: *“La desheredada”* y *“Fortunata y Jacinta”* ambas de Benito Pérez Galdós (1843-1920) y *“La tribuna”* de Emilia Pardo Bazán (1851-1921).

Referencias se hallan en gran parte de la narrativa decimonónica, entre las que descuellan, *“La Regenta”* de Clarín; *“Insolación”* de la mencionada Doña Emilia, *“Pepita Jiménez”* *“Juanita la Larga”* *“Doña Luz”* obras de Juan Valera y *“La de Bringas”* y *“Tormento”* de Pérez Galdós; aunque en aquellas tres primeras se manifiestan con toda veracidad las costumbres en el uso de determinadas prendas y la asimilación de ciertos modelos o cánones estéticos.

La primera y quizás una de las más importantes novelas de la segunda mitad del ochocientos es *“La desheredada”* primera novela del ciclo de sus “contemporáneas” que supone la constatación de la narrativa realista basada en la descripción fiel y la transcripción veraz de la realidad, una obra “nacional de pura observación”, (Bonet, 1994,p. 16) lo que el autor denominaría “la gran novela de costumbres”.

“La desheredada” narra las vicisitudes de una humilde joven que lucharía contra la sociedad por que fueran reconocidos sus orígenes aristocráticos. Tal argumento, que ella creerá hasta el final, no es sino una evidente falacia fruto de arbitrarios argumentos familiares que sumirán a esta mujer, Isidora Rufete, en la ciénaga de la prostitución.

Los acontecimientos históricos de la narración se sitúan entre 1867-1873, tratando Galdós con éste y otros de sus escritos, *novelar* la vida de la Restauración desde la Revolución de “La Gloriosa”. Plantea el retrato de una nueva estructura social en

formación; como muchas de las heroínas Galdosianas (Rosalía Pipaón, Eloísa,...), Isidora Rufete queda atrapada en “la sociedad bazar” que le ofrece innumerables mercancías; pero la estructura interna es mucho más compleja ya que la protagonista aspira a un ascenso en la escala social a la cual ella cree pertenecer. Su ideal es un engaño que a su vez le ha impedido aceptar cualquier opción para rehacer su vida como hubiera podido ser el matrimonio dentro de su clase social.

Algunos autores apuntan el cariz quijotesco de Isidora, impronta que la aparta en cierto modo del resto de personajes femeninos de Galdós; y sobre todo, su fuerza trágica, su anhelo en ser ella misma; Isidora de Aransi, hija de la aristocracia; es indomable y lucha hasta el final, y cuando llega a saber, a ciencia cierta, la mentira que la ha envuelto durante toda su vida, se arroja al suicidio moral. (Zambrano, 1943, pp.74-97).

Las referencias a la moda son escasas aunque muy sugestivas y plasman certeramente el tipo *popular* de mujer cuya característica esencial podría ser su elegancia innata, a pesar de ciertas notas descuidadas para matizar explícitamente la pobreza y la falta de recursos de la joven; y es en la descripción de los zapatos donde mejor se avienen estos comentarios : **“...ello es que su pañuelo rojo, sus lágrimas acabadas de secar, su gabán raído y de muy difícil calificación en indumentaria, su agraciado rostro, su ademán de resignación, sus botas mayores que los pies y ya entradas en días, inspiraban lástima...”** (Pérez Galdós, 1997, p.22). El calzado tiene un sentido erótico y además en la obra de Galdós llega a materializar el poder adquisitivo, cualidad que enlaza con la narrativa realista europea donde la descripción de los calzados de los personajes entronca con un sentido fetichista (Medina Morales, 1998,p. 417) **”...aquel día estrenaba botas ;qué bonitas eran y que bien le sentaban!... hoy, al menos, no me verá con el horrible calzado roto que traje del Tomelloso...Y volvió a mirarse las botitas. Los documentos de que se ha formado esta historia dicen que eran de becerro mate con caña de paño negro cruzado de graciosos pespuntes...”**. (Pérez Galdós, 1997, p. 62) La acción de **“La Desheredada”** transcurre durante el reinado de Amadeo I de Saboya ; en algunos párrafos se plasma la protesta de la alta aristocracia contra el nuevo monarca, saliendo a la calle y manifestándose las damas ataviadas de mantillas blancas, episodio que también recogería el Padre Coloma en **“Pequeñeces”** : **“...¡qué hermosas son las mantillas blancas! Es moda nueva, quiero decir, moda vieja que han desenterrado ahora...Creo que es cosa de política...”**.(Pérez Galdós, 1997, p. 79).

José Puiggarí en su curioso estudio sobre la historia del vestido señala que una de las características principales de la moda desde mitad de siglo es el *eclecticismo* con una imposición casi absoluta desde París. Con respecto al vestido en España apuntaría que tanto las *elite* como la clase media se prodigaron en el uso de prendas específicas nacionales, tales como capa, mantilla, guardapiés, lazos y flores naturales (Puiggarí, 1886, s/p)

El escritor refleja la situación de la clase media y su postura ante las novedades y la moda; el siguiente párrafo retrata las vicisitudes de unas jóvenes amigas de Isidora al compartir varias prendas **“...largos meses vivieron con un solo vestido bueno para las dos, un par de botines comunes y una pelliza blanca de invierno; de lo que resulta que cada día le tocaba a una sola niña salir a paseo con Doña Laura...”**.(Pérez Galdós, 1997, p. 135).

También se vislumbra la habilidad y ese deseo en imitar a las clases superiores a través de la reestructuración y conservación de viejas prendas:”**...las de Relimpio se emperifollaban tan bien con recortes, deshechos, pingos y cosas viejas rejuvenecidas, que más de una vez dieron chasco a los poco versados en fisonomías y tipos matritenses...**”.(Pérez Galdós, 1997,p. 135).

En casi toda la narrativa galdosiana se advierte el fenómeno de la imitación en el vestir de la pequeña burguesía y de las clases trabajadoras que con delirio seguían todas las novedades impuestas por los grupos poderosos:”**...la humanidad marcha con los progresos de la industria y la baratura de las confecciones, a ser toda ella elegante o toda cursi...**”.(Pérez Galdós, 1997, p. 136).

Éstos eran los dos extremos en los que se movía el fenómeno de la moda: la elegancia y la cursilería. Isidora Rufete, una mujer del pueblo creída de su ascendencia aristocrática y antes de saber su auténtica verdad, su trágica realidad, traspone en su cuerpo, a través de la imaginación, lo que cree la total elegancia: **“...¡cuándo verás en ti, garganta mía, enroscada una serpiente de diamantes, y tú, cuerpo, arrastrando una cola de gró!...Me gustan, sobre todas las cosas, los colores bajos, el rosa seco, el pajizo claro, el tórtola, el perla. Para gustar de los colores chillones ahí están esas cursis de Emilia y Leonor...¡Cómo me agradan los terciopelos y las felpas de tonos cambiantes! Un traje negro con adornos de fuego o claro con hojas de otoño, resulta lindísimo...El buen gusto nace con la persona”**. (Pérez Galdós, 1997, 166)

La escritora María Zambrano apuntó en su día la valentía de nuestro autor al escribir historias de mujeres inmersas no en mundos ideales, románticos, sino en la

realidad española, en una sociedad de coordenadas históricas específicas (Zambrano, 1943, p. 84)

Víctima de su individualidad, la joven se presenta al lector como una mujer *prometeica* y rebelde contra una existencia que ella no cree verdaderamente la suya ; su afán desmedido para que se reconozcan sus derechos de heredera no le impiden mostrarse como una mujer veleidosa, preocupada por el lujo; mostrado a veces a través de una apasionada exaltación chulesca:”...**el peinado era una obra maestra, gran sinfonía de cabellos, y sus hermosos ojos brillaban al amparo de la frente rameada de sortijas, como los polluelos del Sol anidados en una nube. No le faltaba nada, ni el mantón de Manila, ni el pañuelo de seda en la cabeza, empingorotado como una graciosa mitra, ni el vestido negro de gran cola y alto por delante para mostrar un calzado maravilloso, ni los ricos anillos, entre los cuales descollaba la indispensable haba de mar...**”. (Pérez Galdós, 1997, p. 318) Vuelve Galdós a insistir a lo largo de toda la novela en ese tipo de mujer de extracción social sencilla, de pobre atavío pero de esmeradísima elegancia, centrada en muchas ocasiones en el peinado:”...**aquella gente tiene su lujo, su aseo y su elegancia de cejas arriba, y aunque se cubra de miserables trapos, no pueden faltar el moñazo empapado en grasa y bandolina, ni los rizos abiertos y planchados sobre la frente como una guirnalda de negras plumas...**”. (Pérez Galdós, 1997, p. 44).

Indiscutiblemente el peinado y el calzado constituyen para el autor no sólo el símbolo de una distinción innata sino los rastros de la misma, aun descuidados otros aspectos. La exquisitez señorial de la joven Isidora se advierte en sus soliloquios donde deja fluir un decidido interés por la moda y un gusto refinado que ella cree consustancial a su persona: ”...**decididamente optaré por el canelo con combinación níquel, por el azul de ultramar y por el negro con combinación de brochado, oro y cardenal...En los sombreros no determino nada hasta no enterarme bien...**”.(Pérez Galdós, 1997, p. 392).

Estas imágenes depuradas donde la verdadera elegancia se advierte en las formas personales más que en un arreglo suntuario recuerdan a otras mujeres como *Juanita la Larga*, *Doña Luz*, o la misma *Clara Ayamonte*, protagonista de “*La Quimera*”, mujer que vestía con *lisura*, es decir, con sencillez. Estos tipos de hermosura sin afeites, distinguidos y sin artificio, son tradicionales en la historia de nuestra literatura, y Benito Pérez Galdós también recrea tal imagen, aunque matizada: “...**Venía (Isidora) compuesta con galana sencillez, respirando aseo y coquetería; pero todo el aseo del**

mundo, toda la gracia y sencillez no podían disimular la fea catadura del descolorido traje, ni menos ; y esto era lo más atroz!, la desgraciadísima vejez y mucho uso de las botas, que no sólo estaban usadas y viejas, sino ;rotas!....(Pérez Galdós, 1997, p. 185).

Si *“La desheredada”* se encuadra entre el reinado de Amadeo I y la Restauración, *“Fortunata y Jacinta”* abarcaría un tiempo más dilatado, desde 1869 hasta 1876, con un argumento que describe la burguesía del momento; evidentemente no se han recopilado en este trabajo todos los datos relativos a la moda burguesa a través de la descripción de las ropas femeninas ya que hemos optado por matizar desde aquí algunas consideraciones apuntadas por estos escritores acerca de la adaptación de las modas burguesas a las capas sociales más desfavorecidas. No es el caso que nos ocupa ya que la futura amante de Juanito Santa Cruz, quintaesencia del estado llano, es descrita por Don Benito de la siguiente manera: **“...pañuelo azul claro por la cabeza y un mantón sobre los hombros, y en el momento de ver al delfín, se infló con él, quiero decir, que hizo ese característico arqueado de brazos y alzamiento de hombros con que las madrileñas del pueblo se agasajan dentro del mantón...”** (Pérez Galdós, 1994, p. 189)Detalle importante de “las madrileñas de pueblo” era también el calzado; ya el autor en otros textos señalaba que el peinado y el zapato eran las dos bases sobre las cuales se sustentaba la elegancia y el decoro de la artesana, de la mujer perteneciente a las capas bajas de la sociedad, del “cuarto estado”, de la proletaria: **“...eran éstas de mantón pardo, delantal azul, buena bota y pañuelo a la cabeza...”** (Pérez Galdós, 1994, p. 189).

Estas tendencias urbanas que poco tienen que ver con lo que sistemáticamente ha venido en llamarse “trajes populares” conectados directamente con fórmulas regionales o localistas, pasarían a formar un cliché definido ya a finales de siglo, gracias a algunas manifestaciones artísticas, como la alta comedia y la zarzuela; el estreno de algunas de éstas, “La Verbena de la Paloma” a finales de siglo, supuso un éxito espectacular; la burguesía e incluso la aristocracia sucumbieron ante el gracejo, formas y maneras de estos tipos a través de giros expresivos, adopción de algunas prendas específicas de chulas y chulos como faldas de percal con volantes o flecos bajeros, mantón de Manila (nuevamente restituido, al menos superficialmente), americana ceñida y cuello bajo.(Boehn, 1928, p. XVI).

La visión que ofrece Pérez Galdós acerca de la indumentaria de estas clases sociales, casi menesterosas, bien podrían enlazar con otros aspectos tratados

anteriormente. Alusión a las “tapadas” en la literatura del XIX se manifiesta en la **“La familia de Alameda”** de forma además muy explícita y, efectivamente, parece que fue común desde el siglo XVI el taparse la mujer el rostro con un manto o con mantilla, si bien el origen no es del todo claro, si fue costumbre de todos los estamentos sociales y en todo el territorio nacional. (Rodríguez de la Cruz, 1993, p. 225) En **“Fortunata y Jacinta”** aparece un eco desvaído, una reminiscencia ya degenerada de aquellas viejas costumbres: **“...encontraban mujeres con pañuelo a la cabeza y mantón pardo, tapándose la boca con la mano envuelta en un pliegue del mismo mantón; parecían moras; no se les veía más que un ojo y parte de la nariz. Algunas eran agraciadas...”** (Pérez Galdós, 1994, p. 233) En esta misma novela, el autor relata un episodio sumamente descriptivo que conecta con los postulados naturalistas de raíz costumbrista. Y es el extraordinario acontecimiento de llevar el viático a una moribunda, Mauricia *La Dura*, recreándose el autor con total acercamiento a la realidad. Se hace recuento pormenorizado de todos los detalles relativos a la preparación del ornato y arreglo de casas, elaboración de altares, aseo de los asistentes pobres y congregación de gentes de distinta clase social vinculadas, de alguna forma, con la moribunda. Entre los grupos de personas destacan: **“...dos mujeres muy bien vestidas a la chulesca, con mantón color café con leche, delantal azul, falda de tartán, pañuelos de color chillón a la cabeza, el peinado rematado en quíquiriquí con peina de bolas, el calzado de la más perfecta hechura y ajuste...”**. (Pérez Galdón, 1994, p. 189).

Dentro del panorama literario del Naturalismo **“La Tribuna”** de Emilia Pardo Bazán es un auténtico “estudio de costumbres locales” (Sánchez Guillén, 1998, p. 571) donde se narra la vida de Amparo, joven perteneciente a la miseria suburbana, su actividad laboral en la fábrica de tabacos y su vida amorosa, todo ello insertado en una sociedad efervescente en torno al 68, es decir, desde el derrocamiento de Isabel II hasta la proclamación de la I República en una ciudad, Marineda. Las alusiones al modo de vestirse la mujer son similares a los apreciados en **“Fortunata y Jacinta”** y **“La desheredada”**:

“...penetró airosa con bata de percal claro y pañolón de Manila de un rojo vivo que atraía la luz de gas, el rojo del trapo de los toreros. Su pañolito de seda era del mismo color...”. (Pardo Bazán, 1989, p. 151). Conocedora Doña Emilia de todos aquellos adminículos relacionados con el embellecimiento mujeril, recoge los sencillos y paupérrimos afeites de Amparo: **“...y reunió un ajuar digno de la reina, a**

saber: un escarpidor de cuerno y una liendrera de boj; dos paquetes de orquillas, tomadas de orín; un bote de pomada de rosa; medio jabón *aux amandes amères* con pelitos de la barba de los parroquianos...Un frasco, casi vacío, de esencia de heno, y otras baratijas del mismo jaez...” (Pardo Bazán, 1989, 102)

Esta obra reseña las contrastadas modas y vestimentas entre la burguesía y el proletariado de la ciudad imaginada por la escritora. Es rica en descripciones de tipos populares, niños, jóvenes trabajadores y clases adineradas. Interesante es el contrastado aspecto entre la joven burguesa (representada por Josefina) y la trabajadora (Amparo), enfrascada la primera en “sacar novedades”, como el uso de traje corto impuesto tras la Revolución del 68 y que constituía una nueva formulación suntuaria acorde con los tiempos frente al traje largo, con cola, anticuado y punto de referencia de una época cercana pero ya olvidada; Josefina usaba invariablemente el abanico en conversaciones ligeras, vestía túnica de seda corta ribeteada de bellotitas de pasamanería y su vestido remataba en un ruedo de *glasé*, usaba un velo de rejilla y un lazo o *pouff* negro sobre la parte posterior de la cintura para remarcar caderas y nalgas. Amparo vestía enagua de lienzo y justillo de dril, una tela fuerte y tosca, calzaba zapatos vastos de becerro y sus faldas interiores solían ser refajos de bayeta ocultos por un vestido de tartán. Si Doña Emilia aquí nos ofrece un sucinto repertorio de prendas, anhelos suntuarios y realidades prosaicas de la bellísima Amparo, *La Tribuna*, no podemos prescindir de un emblema de la literatura y el periodismo del XIX, “*La mujer española*” (Pardo Bazán, 1999, pp. 83-116).

En 1890, la que más tarde fuera Condesa de Pardo Bazán publicó en *La España Moderna* una serie de artículos que condensaba en un interesante y perspicaz ensayo, certeros juicios acerca de la *cuestión femenina*, bajo un prisma de sutileza y fino espíritu crítico. Así, entre otras consideraciones, inclina hacia la balanza de la mujer trabajadora, de extracción humilde, el rango de prototipo de sencillez y naturalidad, sin olvidar que aquellos adminículos artificiosos de origen foráneo, tan proclives a adornar los cuerpos de aristócratas y burguesas, qué alejados se hallaban del poderío elegante y absoluto de la mantilla, el zapatito escotado, los golpes de azabache o las sencillas basquiñas; en definitiva, la Pardo Bazán intentó aunar lo novedoso y lo chic junto a un reformismo basado en la sencillez de la tradición... Y todo ello en aras de pergeñar una nueva mujer.

BIBLIOGRAFÍA

BERNIS, C. “Los trajes populares “en *La España del siglo XIX vista por sus contemporáneos*. T.I. Centro de Estudios Constitucionales Madrid 1993.

“El traje burgués “en *La España del siglo XIX vista por sus contemporáneos*._Dirigida por G. Menéndez Pidal. Centro de Estudios Constitucionales. Madrid 1988.

BONET, L. *Benito Pérez Galdós, ensayos de crítica literaria*. Barcelona, 1972, en *Fortunata y Jacinta*, Cátedra, Madrid, 1994, p. 16

CAÑAS BEJARANO, D. “El lenguaje de la moda en Fortunata y Jacinta”en_*Moda y sociedad. Estudios sobre educación, lenguaje e historia del vestido*_ Edits. E.García y M^a. I. Montoya. Centro de Información Continua. Universidad de Granada.1998.

MEDINA MORALES, f. “El calzado en Madame Bovary” en *Moda y sociedad. Estudios sobre educación, lenguaje e historia del vestido*. Centro de Formación continua de la Universidad de Granada, 1998, pp. 417 y ss.

PARDO BAZÁN, E. *La Tribuna*_ Cátedra. Madrid 1989.

PÉREZ GALDÓS, B. *Fortunata y Jacinta*. Cátedra. Madrid 1994.

La desheredada._Alianza editorial. Madrid 1997.

PUIGGARÍ, A. *Monografía histórica e iconográfica del traje* Bastinos, Barcelona, 1886

RODRÍGUEZ DE LA CRUZ, J.” Las tapadas en Canarias. Correspondencia con la Península Ibérica y América “en *Conferencia Internacional de colecciones y museos de indumentaria* ICOM. Madrid 1993.

SÁNCHEZ GUILLÉN, A. “ Proletariado y burguesía en la Tribuna. Cómo visten. Cómo viven “ en *Moda y sociedad*...opus cit.

VON BOEHN, M. *La moda. Historia del traje en Europa*_ T.III. Barcelona 1928.

ZAMBRANO, M. “La mujer en la España de Galdós“ en *Revista cubana* 1943.